

MARCADOS PARA SIEMPRE

Las palabras pueden tener distintos significados para distintas personas. Y algunas palabras dan la impresión de que se pueden estirar, o comprimir, para significar casi cualquier cosa. Pero cierto granjero tuvo una idea brillante. ¡Sigue en sintonía!

Steve Dickerson nos cuenta la siguiente historia: Bill creció en una granja. No había dudas respecto de su futuro. Sería granjero como su padre. Fue a la universidad y estudió agricultura. Eso le dio el conocimiento científico. ¿Pero de dónde obtendría el dinero para comprar una granja? Un día, su padre le dijo: “Bill, me estoy poniendo viejo. Estoy a punto de jubilarme. Me gustaría entregarte la granja”. Bill quedó sin palabras. ¡Su problema estaba resuelto! Pero el anciano prosiguió. “Con una sola condición. Quiero que manejes la granja siguiendo estrictamente mis indicaciones durante el primer año. Luego, la granja será tuya”. Era un trato justo. Su padre era un buen granjero. Sabía lo que hacía. Y lo mejor de todo es que luego de un año la granja sería suya. Los dos hombres dedicaron los siguientes días a recorrer los campos. Bill llevaba una libreta y anotaba todo lo que su padre quería que sembrara en cada una de las parcelas. Entonces su padre y su madre se fueron de vacaciones. Bill era curioso. Sería interesante ver cómo se confrontaban las indicaciones de su padre con lo que había aprendido en la universidad. Tomó su equipo para relevamiento de suelos y comenzó a recorrer la granja nuevamente. Al ir de parcela en parcela, quedó impresionado por la sabiduría de su padre. En cada campo, su padre había tomado un poco de tierra y la había examinado minuciosamente antes de decidir qué iba a plantar.

Y siempre había acertado. Siempre había elegido el grano correcto, el que mejor crecería en cada suelo en particular, según lo que Bill había aprendido en la universidad. Siempre... hasta que Bill llegó a la última parcela. Su padre le había dicho que plantara maíz, pero debía de haber cometido un error. La tierra era arenosa y pobre... ¿plantar maíz? Las raíces poco profundas serían arrancadas por el más leve viento. Y aunque no arrancara los tallos, el maíz crecería con dificultades. Su padre debía de haber cometido un grave error. El análisis de Bill le indicaba que el terreno sería mucho mejor para sembrar maníes o cacahuates. Su padre querría que todas las cosechas fueran un éxito. Quedaría contento al ver que todo el dinero invertido en la educación de Bill había dado resultados. Por lo tanto, Bill plantó maníes o cacahuates. Su padre regresó para la época de la cosecha. Dijo que la granja nunca había tenido mejor aspecto. Bill lo llevó a recorrer los campos y le mostró el trigo y las papas y la alfalfa. “¿Dónde está el maíz?”, quería saber el padre. “Creo haberte dicho que plantaras maíz”. Bill dijo: “Bueno, papá. Eso era en aquel campo que está allá. Regresé y examiné el suelo en todas las parcelas. Tenías razón en todas, menos en esa. Entonces pensé que habías cometido un error. Estaba seguro de que preferirías ver una buena cosecha de maníes antes que un maizal anémico”. El padre sacudió la cabeza con tristeza. “Bill –le dijo–, no has seguido mis indicaciones en todas las parcelas. Has seguido tu propio juicio en todos los casos. Solo que coincidiste conmigo en todos los puntos menos en uno. Pero apenas surgió una diferencia, hiciste lo que creíste mejor a pesar de lo que yo te había dicho. Lo siento Bill, pero tendrás que buscarte una granja para ti en otro lugar”.

¿Qué te parece? ¿El granjero fue demasiado duro? ¿O tenía toda la razón? ¿Tiene sentido que sigamos las indicaciones –por ejemplo, las indicaciones de Dios– solo cuando coincide que estamos de acuerdo con ellas? La mayoría de nosotros no somos granjeros. Pero nuestro Padre, al igual que el papá de Bill, ha escrito en tablas de piedra algunas indicaciones específicas para nosotros. Y con la condición de que las sigamos, no nos promete una granja, sino un futuro que es más grande que nuestros sueños más audaces, y la vida sin fin. A esas indicaciones las llamamos los Diez Mandamientos. Pero hay millones de personas que han traído sus propios equipos de análisis. Piensan que es interesante ver cómo se comparan las directivas divinas con lo que les han enseñado en la universidad, o con su propia filosofía de

vida sobre lo que es bueno y malo. ¿Cuál es el resultado? Millones de personas improvisan a la ligera una moralidad que se adapte a sus estados de ánimo. Han decidido que las indicaciones de Dios están fuera de moda y que no son relevantes para esta generación iluminada. Y aunque puedan estar de acuerdo con Dios en algunas cosas, tienen la seguridad de que en otras él ha cometido un error, o que no quería decir exactamente lo que dijo. Así están plantando maníes, pensando que Dios estará conforme cuando vea la cosecha. Desafortunadamente, hoy hay millones que creen que Dios ha dado marcha atrás con alguno de sus Diez Mandamientos. Piensan que está bien robar si estás en una emergencia. O mentir si de esa manera te puedes librar de ir a la cárcel. O cometer adulterio si, como lo ha sugerido el filósofo Joseph Fletcher, tener un hijo es la única manera de escapar de un campo de concentración.

Hay millones hoy que siguen las indicaciones de Dios cuando están de acuerdo con ellas, y las ignoran cuando les parece que no tienen sentido. Pero, si obedecemos sólo cuando estamos de acuerdo, ¿estamos obedeciendo realmente? Recuerda las palabras de Jesús en **Mateo 7:21**, palabras de nuestro Señor que son penetrantes y provocan el pensamiento: **“No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos”**. Ese es el significado de servir a Dios: hacer la voluntad del Padre en los cielos. ¿Será que estamos corriendo el peligro de perder un futuro fantástico de la misma forma que Bill perdió la granja? Dios tiene hoy el mismo problema que tuvo con nuestros primeros padres. Quería darles la vida sin fin. Pero no podía hacer eso, no podía darles la inmortalidad, sin antes probar su lealtad. Debía estar seguro de que eran merecedores de una vida sin fin. ¿Cómo podía hacerlo? ¿Qué clase de prueba concebiría para tener la seguridad absoluta de su lealtad, o la trágica prueba de que no podría confiarles el don que quería que fuera suyo? Las promesas no son suficientes. Es fácil hacer promesas. Dios hubiera podido tener un volcán activo, un cráter de fuego, en un extremo del jardín. Podría haberles dicho a Adán y Eva que si saltaban dentro de él morirían. Y es seguro que se hubieran alejado. Ningún hombre en su sano juicio va a saltar dentro de una caldera hirviente que quema incluso a los vellos del rostro de los que se acercan demasiado. No, Dios debía concebir una prueba que no tuviera sentido para el razonamiento humano. La obediencia debía emanar de la lealtad, y sólo de la lealtad, de nada más.

Déjame ilustrarlo. Se narra la historia de un trabajador del ferrocarril que vivía cerca de las vías. Tenía un día libre y estaba en su casa. Miró a su hijito de cuatro años y medio que jugaba en las vías del tren, y vio que un tren se aproximaba velozmente hacia él. No había tiempo para llegar hasta el niño y quitarlo de las vías. Le gritó, pero Johnny no lo escuchaba. Lo llamó nuevamente, pero Johnny no podía oírlo. Ya no quedaba más tiempo, así que le gritó con todas sus fuerzas: “Johnny, échate entre las vías y no te muevas”. Johnny le obedeció inmediatamente, sin siquiera darse vuelta para mirarlo. El tren, rodando sobre las vías, pasó como una exhalación sobre el niño inmóvil. Luego de que hubo pasado el convoy, el padre corrió a abrazarlo. El corazoncito de Johnny latía con fuerza, pero estaba a salvo. En la corta vida de Johnny, en sus pocos años, no había ninguna experiencia previa que lo hubiera preparado para obedecer inmediatamente la orden de su padre. Pero no la cuestionó. No se preguntó por qué. No demoró. Su padre había hablado, y eso bastaba para él. Tampoco en la experiencia de Adán y Eva había un antecedente que les permitiera comprender la extraña orden divina. ¿Cómo era posible que el fruto de un árbol tan hermoso y tan deseable como los demás, tuviera dentro de sí a la muerte? No comprendieron que el acto aparentemente poco importante de comer el fruto revelaba la debilidad de su lealtad. En la actualidad, Dios tiene el mismo problema que tuvo en el jardín del Edén. Millones de personas le han profesado su lealtad. Pero no todos podrán recibir la vida sin fin. ¿De qué otra forma, podrían ser probados que no fuera un mandamiento sin sentido para la mente humana?

Me parece que ya estamos listos para ir al libro de Apocalipsis. Si tienes tu Biblia a mano, tómalala, por favor, ahora mismo, y ábrela en el capítulo 13 del libro de Apocalipsis. Si has leído este capítulo hace poco, recordarás que contiene algunas predicciones atemorizantes. Aquí tenemos una BESTIA, que representa un reino, una nación, un poder. En este caso, es evidentemente una coalición entre el poder político y el religioso. Luego tenemos una SEGUNDA bestia, una nación que comienza con características semejantes a un cordero, pero más tarde habla como dragón. Y esta SEGUNDA BESTIA es evidentemente una democracia, porque persuade a las personas a crear una imagen de la primera bestia; es decir, una coalición similar entre el poder político y religioso. Esta IMAGEN, esta coalición, decreta una sentencia de muerte sobre todos los que se niegan a adorar a la PRIMERA BESTIA. Y a los que se niegan a recibir la marca de esa bestia se les impide comprar o vender. Da miedo, ¿no es verdad? Pero en el capítulo siguiente, el capítulo 14, con el simbolismo de tres ángeles que poseen cada uno un mensaje, encontramos en los versículos 6 al 12 el último llamado de Dios a los hombres. Y en el mensaje del tercer ángel, versículos 9 al 11, encontramos la advertencia más temible de todas las Escrituras. Es una advertencia contra la adoración de la bestia y su imagen, o de recibir su marca.

Ahora bien, esto no es para jugar. Este asunto en el libro de Apocalipsis, mi amigo, es extremadamente serio. Y no hay término medio. Soy consciente de que existe la idea generalizada de que el libro de Apocalipsis, no se puede entender. Pero te pregunto, ¿crees que Dios incluiría una advertencia tan drástica en su último llamamiento a los hombres, si supiera que la identidad de la bestia o la naturaleza de su marca no podrían entenderse? ¡Es muy difícil! Pero antes de investigar algunas pistas de lo que podría ser esa marca, me pregunto: ¿Y Dios? ¿Tiene Dios una marca, también? Presta atención a este texto de **Apocalipsis 7:1-3: “Después de esto vi a cuatro ángeles en pie sobre los cuatro ángulos de la tierra, que detenían los cuatro vientos de la tierra, para que no soplará viento alguno sobre la tierra . . . Vi también a otro ángel que subía de donde sale el sol, y tenía el sello del Dios vivo; y clamó a gran voz a los cuatro ángeles . . . diciendo: No hagáis daño a la tierra . . . hasta que hayamos sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios”**. O sea que Dios tiene un sello. El también tiene una marca. ¿Es posible que se ponga a todo hombre, mujer y joven en la disyuntiva de elegir entre la marca de Dios y la marca del ángel caído, y que por esa elección se demuestre la lealtad hacia uno o hacia el otro? Evidentemente, así son las cosas, amigo. ¿Cuál será la marca de Dios? ¿Qué prueba le aplicará Dios a sus profesos hijos que revelará, de una vez por todas, quién podrá ser llevado a su reino y quien no, a quien se le puede otorgar la vida eterna y a quién no? Será algo que no estará basado en la razón humana, algo que carezca de sentido aparente, una orden que su pueblo obedecerá tan sólo porque Dios lo haya ordenado. Al igual que Johnny sobre las vías del tren. Obedecer sin preguntar por qué. Esa es la clase de prueba que debemos buscar.

¿Nos ha dado Dios una orden así? Si lo ha hecho, ¿no sería lógico que la hubiera incluido en los Diez Mandamientos, el código moral de Dios para los hombres de todas las épocas? Vayamos a los Diez Mandamientos y examinémoslos brevemente. Se encuentran en el capítulo 20 del libro de Éxodo, el segundo libro de la Biblia, y comienzan en el versículo tres. Los primeros tres mandamientos parecen muy razonables. Si Dios es el verdadero Dios, no debemos tener otros dioses, ni inclinarnos ante imágenes de madera o piedra. Y Dios debería recibir nuestro respeto. Los últimos seis mandamientos son tan razonables que por miles de años han sido incorporados en las leyes de las naciones, incluso naciones que no adoraban al Dios verdadero. No matarás. No hurtarás. Y todos los demás. Pero hay un mandamiento, el cuarto, que es diferente. No cabe en el razonamiento humano. Parecería que no implica ningún principio moral. Suena un poco arbitrario. La orden no parecería tan problemática si tan sólo pidiera un día entre siete para descansar. Casi todos compartirían la idea de descansar un día de cada siete. A los sindicatos les gusta. A los ateos les gusta.

Apartar un día de cada siete para el descanso no tiene por qué indicar una lealtad especial hacia Dios.

Pero el mandamiento especifica el SEPTIMO día. Es esa especificación la que plantea el problema, y a menudo lo hace inconveniente. Evidentemente todos los días son iguales, de veinticuatro horas cada uno. ¿Qué importa cuál de ellos dedicamos al descanso y la adoración? No parece razonable que Dios especifique un día en particular. Pero lo ha hecho. Y siempre habrá personas que lo amarán tanto que querrán obedecerlo sin preguntar por qué. ¿Podría ser esta la prueba que estamos buscando, un mandato que no tenga sentido para la mente humana? Parece coincidir con la búsqueda. Dios, sin razón aparente, colocó un árbol en el centro del Edén y declaró que estaba fuera de los límites de nuestros primeros padres. Fue la prueba de su lealtad. ¿Será que Dios ha colocado en el centro de su ley un mandamiento que no es fácil de entender para la razón humana, y que en estos días finales lo usará como prueba de la medida de la lealtad de cada hombre, cada mujer, y cada niño que profesa adorarlo? Sí, el mandamiento del sábado es especial entre los diez. No hay controversias con los otros nueve. Todo buen ciudadano, creyente o no, estará de acuerdo con ellos. Pero, ¿será que una persona –independientemente de cuán a menudo vaya a la iglesia o cuánto deposite en el platillo de las ofrendas, o cuán puro sea su carácter moral–, será que una persona realmente obedece a Dios por completo si sólo obedece cuando entiende por qué, cuando puede encontrar una razón, cuando está de acuerdo con Dios, cuando el mandato tiene sentido para él? No, no es así, mi amigo. Al igual que el hijo del granjero, estará siguiendo su propio juicio.

Ahora bien, sé que la identidad del día de descanso puede parecer un asunto trivial. Seguramente pensarás que debe haber asuntos más importantes. Pero no siempre podemos elegir nuestros desafíos. El bombero no elige la ubicación de los fuegos que debe apagar. El soldado no elige a dónde irá a combatir. La lección de muchas guerras es que las batallas no siempre se libran donde se supondría en primera instancia. El libro de Apocalipsis nos dice que Satanás está airado con el pueblo que persiste en guardar los mandamientos de Dios. Eso es lo que dice Apocalipsis 12, versículo 17. Entonces te pregunto, ¿Satanás centrará su ataque en los mandamientos que los hombres encuentras razonables, y con los que no hay mayor controversia? ¿O se enfocará en el mandamiento que no responde a la razón humana, el que se basa únicamente en la autoridad de Dios? ¿Ya comienzas a darte cuenta de cuál podría ser la marca de Dios, y cuál podría ser la marca de la bestia? Si Dios usa al mandamiento del sábado como una prueba de lealtad, y si la observancia fiel de esa orden marca a las personas en las que Dios puede confiar que seguirán su camino para siempre, ¿cuál debe de ser la marca del campamento opuesto?

Un sustituto del sábado que fue introducido en la iglesia cristiana en la Edad Media cuando las Escrituras no estaban al alcance del pueblo, un día de adoración que no descansa en la autoridad divina, sino en la autoridad humana. ¿Podría haber algo más lógico que esto? Como ves, la controversia no tiene que ver con un día. Sino con la autoridad. ¿Qué autoridad aceptarás? ¿Aceptarás la autoridad de Dios, o la autoridad de los hombres? No importa cuán trivial pueda parecer el mandamiento. Si Dios te dijera: “Ve y párate en aquella esquina”, y Satanás te dijese: “No te pares en esa esquina”, sería una situación ridícula. Pero lo realmente importante es a quién obedecerías, porque te señalaría como un leal seguidor de uno o del otro.

La marca estará allí. En su FRENTE, si cree en la propaganda de Satanás. En su MANO si sabe que es falsa, pero continúa con ella porque no puede soportar la presión y la ridiculización de la multitud. La marca será invisible para los hombres. Pero los ángeles de Dios la verán, y sabrán quiénes son los leales. ¿Cuál es la marca de Dios? En este mismo momento, nuestra actitud hacia Dios y sus mandamientos puede decidir nuestro destino. La marca de Dios no se recibe en la mano, porque Dios sólo acepta la adoración que proviene de

la mente y el corazón. Por el contrario, a Satanás no le importa de qué forma obtiene la adoración. Si no la recibe por elección, la aceptará gustosamente por la fuerza. El sello de Dios. Y la marca de Satanás. Esa es la decisión que se aproxima. ¿Ha habido realmente un intento de cambiar la ley de Dios? ¿El desafío a la autoridad divina está a punto de subir abiertamente a la superficie y encender las llamas? Sí, amigo, el profeta Daniel lo predijo. Pablo dice que habría de venir. El Apocalipsis lo pone en el centro. En esta media hora sólo hemos podido dar una mirada superficial a este asunto vital. Podríamos decir muchísimo más. Una cosa es cierta. Nos dirigimos velozmente al día de las decisiones finales. Amigo/a, el tema en dilución es lo que Dios dice o lo que el hombre dice. Va más allá de un día en particular, es una cuestión de fidelidad, obediencia y lealtad. ¿Qué sucederá contigo? En lo profundo de tu mente, ¿has decidido que la lealtad a Dios es lo único que importa? En lo más íntimo de tu corazón, ¿has tomado la decisión de mantener tu fidelidad con Cristo, sin importar lo que hagan los demás? A veces, los cristianos pueden tener presiones por parte de otros en el hogar para que se adapten, o en la escuela, presiones de los compañeros, o presiones en el trabajo. ¿Tomarás hoy la decisión de ser leal a Dios?